

Alfonso Salmerón, el más joven de los primeros compañeros de San Ignacio

Todos llevamos dentro un anhelo de conocer a nuestros antepasados. Son parte de nuestro ser. Más aún, si han sido los pioneros, que de algún modo u otro fundaron nuestra familia. Esto me pasa con los primeros compañeros de Ignacio de Loyola. Se me ha hecho una necesidad saber más cómo eran, qué pensaban, qué hacían, ver en qué medida reflejaban a Ignacio, los EE y el modo de proceder jesuita en que ellos se moldearon.

Las investigaciones ignacianas de hoy van por esta línea. La obra de O'Malley, "Los primeros compañeros", ha sido un aporte significativo a esta tendencia. Naturalmente tuvo antecesores, algunos lejanos (Ribadeneira,) y otros cercanos (Brodrick, Scaduto, Bangert, Schurhammer, Ravier). Hoy es claro que no basta señalar a Ignacio como el solo fundador de la Compañía. Esta fue fundada por el grupo de los siete y, después, el de los diez, cada uno dejando en ella su aporte particular. El genio de Ignacio fue haber impreso en todos el sello de los Ejercicios, recibir sus aportes e integrarlos en un conjunto vivo y fecundo para el bien de las almas, que es la Compañía.

Estas páginas presentan a Alfonso Salmerón, el más joven de los diez primeros compañeros. Intelectualmente muy dotado, era una persona sencilla y a la vez problemática bajo varios aspectos. Ignacio decía de él con afecto que era "uno de los dos hipócritas" de la Compañía. El otro era Bobadilla.

Como lo hice con Pedro Fabro, estas páginas son "mis notas de lectura" de los escritos de Salmerón. Las fuentes son los dos tomos de "Monumenta Salmeronis", cartas en su mayor parte, y los dieciséis tomos de sus "Comentarios a los Evangelios y Epístolas y otros escritos del Nuevo Testamento".

No puedo dejar de expresar mi gozo al acudir a la Biblioteca Nacional y tener en mis manos dichos monumentales Comentarios, en la edición de Colonia, de 1602-4, hermosamente encuadernados en cuero; y que, obviamente, en la colonia pertenecieron al Colegio San Miguel, de la antigua provincia jesuita de Chile.

Lo que aquí ofrezco está lejos de ser un estudio acabado. No es ni siquiera un artículo. Simplemente, recoge cosas que a mí me han llamado la atención, y que pienso pueden servir a otros.

A la siga de un maestro

Alfonso nació en Toledo el 8 de septiembre de 1515, fiesta del nacimiento de la Virgen, de la que fue muy devoto. En su enseñanza básica demostró capacidades notables y sus padres consiguieron una beca para que continuara estudios en el famoso Colegio Trilingüe San Jerónimo, de la universidad de Alcalá de Henares, que fue fundado por el cardenal Cisneros, en tiempo de los Reyes Católicos. Allí estudió el latín, el griego y el hebreo, y probablemente la filosofía. Allí también trabó amistad con Diego Laínez, también estudiante de filosofía, que llevaba dentro de sí la inquietud de ir a conocer a Íñigo de Loyola, de cuyo paso por Alcalá quedaban ecos contrapuestos y que por entonces estudiaba en la universidad de París.

En el otoño de 1532 ambos amigos viajaron a París, donde los recibió el propio Íñigo, que había cambiado su nombre por el de Ignacio. Se encontraron con Pedro Fabro y Francisco Xavier y otros cuatro futuros compañeros. Hechos los Ejercicios, el 15 de agosto de 1534 los siete hicieron sus votos en la colina de Montmartre.

Mientras su amigo Laínez, fuera de asistir a clases, se pasaba las noches estudiando y el día ayudando en hospitales y cárceles, Alfonso tenía más clara su opción por los estudios. Leía todo cuanto caía en sus manos y se compenetraba del pensamiento de los grandes humanistas. Reforzó su dominio del griego, tomando clases particulares.

El humanismo del renacimiento.

Las universidades europeas de la época respiraban fuertemente el aire y las ideas del humanismo renacentista. Este movimiento buscaba volver a un modo de vida inspirado en los clásicos greco-latinos, con un fuerte entusiasmo por la antigüedad. Había varias corrientes, unas más cristianas que otras. La principal de las cristianas era liderada por Erasmo de Rotterdam, que impulsaba la reforma de la Iglesia según el modelo de las comunidades primitivas, mediante un gran impulso a los estudios bíblicos y a los padres de la Iglesia. Era alérgico a la teología escolástica y muy crítico de la Iglesia de su tiempo.

Ignacio en París sintió la fascinación por las ideas reformistas de Erasmo, pero las rechazó y se apartó de ellas porque, discerniendo su experiencia, se dio cuenta que lo dejaban espiritualmente vacío. En cuanto al estudio de las lenguas e historia de la antigüedad, comenzó de nuevo a estudiar el latín a los 38 años y logró con esfuerzo sacar bien el latín escolástico, pero no se aventuró en el latín clásico ni menos en el griego y el hebreo.

En cambio tres de sus primeros compañeros, Fabro, Laínez y Salmerón, fueron buenos cultores de estas lenguas y su cultura. De entre los tres destaca Salmerón, que antes de su llegada a París traía un muy buen manejo del “latín elegante” (el de Cicerón), además del griego y el hebreo.

Se habla de Ignacio como el fundador de la Compañía de Jesús, pero poco se dice de los co-fundadores. Cada uno de los compañeros dejó alguna marca suya en ella e Ignacio tuvo la humilde sabiduría de incorporarlas a la Compañía naciente.

En el caso de las humanidades, Ignacio había pasado por tres universidades humanistas – Alcalá, Salamanca y París – sin que el humanismo le haya calado muy hondo. Pero en carta a Laínez, llamada “La carta del humanismo”, se preocupó de establecer que los jesuitas sean “buenos latinos”, afirmación que va más allá de la comprensión de la lengua, sino que se extiende al cultivo de la cultura antigua, como lo hacían los humanistas. En las Constituciones lo establece así: *“En los libros de Humanidad étnicos no se lea cosa deshonesto. De lo demás podrá servirse la Compañía como de los despojos de Egipto”* (359), alusión esta última a aquellos padres griegos y latinos que valoraron

grandemente la cultura pagana (Clemente de Alejandría, Basilio, etc).

A Salmerón y a Laínez les cupo un importante papel en el desarrollo del humanismo, algo tan típico jesuita, que hoy amenaza perderse en la jungla cultural de nuestro tiempo.

Estudios de lenguas de los primeros compañeros en Paris

Mientras en la Universidad de Alcalá florecía el estudio de las ciencias bíblicas y de las humanidades clásicas, con un énfasis especial en el latín, el griego y el hebreo, en la de París las lenguas bíblicas no pertenecían al currículum. Eran enseñadas por profesores de fuera de la universidad, que no eran teólogos, varios de ellos marcados por ideas luteranas. Esto explica que Ignacio desaconsejara a sus compañeros tomar las clases de lengua que ellos impartían.

El humanismo reformador de Erasmo se centraba en dos puntos principales: el conocimiento serio de las lenguas antiguas y el estudio de la Escritura y los Padres de la Iglesia. Veamos cómo se dan estos puntos en los compañeros de Ignacio.

Salmerón ya traía de Alcalá un buen dominio del latín, el elegante y el escolástico, como también del griego y del hebreo. En Paris Salmerón aprendió el siríaco y perfeccionó su griego, haciéndose ayudar por un señor “muy buen griego”. No olvidemos que la Europa de entonces estaba llena de sabios griegos que habían huido de Constantinopla después de la toma de la ciudad por los turcos.

Fabro y Xavier sabían bien el latín y el griego (Schurhammer dice de Xavier que era “buen griego”). Los escritos de Laínez muestran que poseía bien el latín escolástico y el clásico, pero que no iba con su gusto emplear el latín “elegante” del humanismo. Aunque carezcamos de indicadores, podemos presumir que manejaba bien el griego y el hebreo.

Bobadilla, que venía de Alcalá, quería profundizar el conocimiento de las lenguas antiguas asistiendo a las clases de los profesores humanistas de la universidad de Paris, pero Ignacio lo disuadió porque no eran teólogos y simpatizaban con las ideas luteranas. Bobadilla describe en frase concisa esa situación: *“qui graecizabant,*

lutheranizabant” (“los enseñantes de griego trasmitían Lutero).

Todos los compañeros estudiaron teología positiva y escolástica en las escuelas de los dominicos y los franciscanos. En la escolástica dominaba Santo Tomás de Aquino, aunque la universidad fuera bastante ecléctica, con fuerte presencia de teólogos nominalistas¹. ¿En qué consistía la positiva? No sólo en el estudio de la Sagrada Escritura y los padres de la Iglesia sino incluía también teología moral, doctrinas de los concilios y principios generales del derecho canónico.

Resumiendo, Salmerón, Laínez y Bobadilla, los tres que vinieron de Alcalá, estudiaron en París de forma intensiva la Escritura y los Padres de la Iglesia, escribiendo, para su uso personal y apostólico, gruesos volúmenes de apuntes que en sus viajes llevarían consigo. En sus ministerios comentaban los libros de la Escritura, punto especialmente mencionado en la Fórmula del Instituto de Julio III (“*por medio de predicaciones públicas, lecciones y todo otro ministerio de la palabra de Dios*”). En cambio Francisco Xavier, Simón Rodríguez y Pedro Fabro, los que estudiaron en París, no aparecen después tan dedicados a la Escritura y los Padres. Esta diferencia nos dice algo de la marca dejada en los tres primeros por la universidad humanista de Alcalá. Ignacio la valoró y la introdujo en la formación de los futuros jesuitas.

Erasmus y Salmerón

Erasmus, en sus obras *Methodus* y *Ratio seu compendium verae theologiae*, trazó los rasgos del teólogo ideal. Su vida ha de ser digna de la sagrada doctrina que él enseña. Su corazón debe de estar en paz, limpio de vicios y concupiscencias. Lleno de celo de saber, pero a la vez libre de curiosidades frívolas. Que su enseñanza no mueva al engrandecimiento personal sino a crecer en las virtudes.

Puesta esta premisa, Erasmus pide que el teólogo adquiriera un tal conocimiento del latín, griego y hebreo que le permita formarse un juicio personal de los textos que estudia. También ayuda que el teólogo, formado desde joven en las lenguas, adquiriera un buen dominio de la gramática y la retórica.

En primer lugar hay que estudiar los evangelios y las epístolas, con el

¹ John W. O'Malley, *Los primeros jesuitas* (Sal Terrae) 301ss.

fin de relacionar a ellos todas las cosas. Ha de meditar muy hondo en la vida de Cristo y todo lo que con ella se relaciona. Ha de conocer la Escritura en base a la lectura directa de los libros, y no de colecciones de citas. Ha de saber aplicar los diversos sentidos que hay en ella. Ha de llegar a saber de memoria sus páginas. Ha de estudiar bien los comentarios de los Padres a la Escritura, pero consciente de que en ellos hay errores y subordinándolos finalmente a la Escritura. Todo se ha de pasar por la oración.

Salmerón no era precisamente un incondicional de Erasmo. Le reprochaba su “fe escurridiza y ambigua” (*propter lubricam fidem ambiguum est*), su “neutralidad” (*crimen neutralitatis*). Sin embargo hay muchas coincidencias entre ambos teólogos. ¿Resultado del humanismo difundido por todas partes?

En el Prefacio “Al benévolo lector”, en el tomo I de su obra monumental en dieciséis gruesos volúmenes, *Comentarios a la Historia Evangélica*, Salmerón se prodiga en afirmaciones sobre la necesidad de la fe y la santidad de vida para el estudio de la Escritura. Comienza citando a San Pablo, que exhorta a Timoteo a la piedad y la doctrina (2 Tim 3). Las Escrituras no se entienden “sino por la gracia de Cristo” (*fides quae est in Christo Iesu*). Es una especial bendición de Timoteo el haber aprendido las Escrituras desde la infancia, porque así se graban más. Después, en una confesión de sí mismo, dice Salmerón: “Confieso que desde mi adolescencia me encendí en amor por estos estudios divinos y sagrados”. Después en la Compañía, para predicar la Palabra de Dios, “me dediqué con mayor empeño a leer las Escrituras, y sus comentarios, tanto de autores antiguos como recientes”. Ha sido la ocupación de su vida: “No puedo negar que a esto...me he dedicado casi por toda mi vida”. Pero con la particularidad de que cuando pensaba ya haberlas comprendido, se daba cuenta que estaba sólo al comienzo.

Relata cómo de viejo, por gracia de Dios, cuando ya no tenía fuerza para predicar la palabra de Dios al pueblo, algunos superiores le pidieron que escribiera sobre sus estudios evangélicos, para bien común de la Iglesia de Dios. Habla de sus vacilaciones por lo grande de la empresa y porque sentía que no tenía mucho sólido o nuevo que ofrecer. Se reconoce con facilidad para hablar, pero no para escribir. No lo había practicado: “fui flojo y remolón para escribir mis pensamientos”. Y le viene a la memoria el consejo del poeta latino Horacio: “Nunca hables por la fuerza”. También la frase realista de Cicerón: “Puede

sucedir que uno tenga buenas ideas, pero que ya no pueda decirlas con elegancia. En tal caso, mejor que se las guarde para sí”.

Todos estos inconvenientes los dejó de lado ante la insistencia de personas amigas de dentro y fuera de la Compañía. Por último, se lo mandó el General, Francisco de Borja, y así se rindió: “Soy constreñido a ponerme bajo el yugo de la obediencia”. Respecto a su insuficiencia para acometer este desafío, le hace sentido el dicho de San Jerónimo: “No es poco, saber qué es lo que no sabes” (*non parum est scire quid nescias*).

En cuanto al contenido de su doctrina, declara que se ceñirá a transmitir la enseñanza tradicional de la Iglesia; no cosas inventadas por él, conformándose al precepto de Vicente de Lerins: “habla en forma novedosa, sin decir cosas nuevas” (*cum dicas nove, non dicas nova*). Advierte que él cita a los escritores paganos, siguiendo el ejemplo trazado por San Agustín y otros padres de la Iglesia.

Por último, siente necesidad de disculparse de traer citas en griego y en hebreo, cosa que a algunos lectores podría molestar, porque es como entrar en minucias. Pero como buen exegeta, no puede renunciar a hacerlo, porque “no son pequeñeces aquellas cosas sin las cuales las grandes no se sustentan”.

Este “Prefacio al ilustre lector” impresiona por la centralidad a todo precio que otorga a Jesucristo. En la obra relacionará todo a él. Es el principio, sustento y meta de todo lo que existe, para llevarlo al Padre.

Lo dicho basta para mostrar en qué se asemejan Salmerón y Erasmo en su visión del teólogo y la teología. Hay muchas semejanzas en lo que toca a los evangelios y los padres de la Iglesia. Pero las desemejanzas no son menores. Mientras Erasmo vilipendia a la teología escolástica y se refiere con un deje de menosprecio a las devociones populares, el discípulo de Ignacio, formado en las reglas para sentir con la Iglesia de los Ejercicios (EE 352-370), no sólo respeta sino que cultiva ambas. Es bonito ver cómo, comentando el tema de “Cristo luz”, trae lo de “alabar candelas encendidas”, y lo hace con una profundidad teológica que borra los límites entre la alta teología y la devoción popular.

Un Salmerón de todo servicio

Dejemos por ahora a nuestro amigo estudiando y escribiendo sus sermones y lecciones sacras, que serán la base de su obra monumental “Comentarios a la historia evangélica”, y tratemos de reunir algunos rasgos de vida de este jesuita polivalente. Como ya indiqué, trabajo en base a las cartas y documentos publicados en *Monumenta Historica*. Son unas 1500 páginas de cartas suyas o escritas a él, más algunos documentos que le conciernen. Su lectura es apasionante porque nos permite recorrer el siglo XVI en casi toda su extensión y ver la Compañía naciente a lo largo de cinco generalatos: Ignacio, Laínez, Borja, Mercuriano y Acquaviva.

Lo primero que llama la atención es la cantidad de cosas, y todas tan diversas, que hace Salmerón. Desde las más prosaicas hasta las más altas. Le toca lidiar con la burocracia de Nápoles para conseguir las botas de vino que sus hermanos de Roma le piden con tanta insistencia para los padres de allá, que echan de menos el buen vino del sur (I, 152, 157s, 167 (el vino del sur para la congregación general sería “un buon aiuto”), 169, 177, 246).

Se preocupa de un esclavo que no cumple su deber (I, 193). Le lleva mucho tiempo liquidar el testamento en favor de la Compañía de la señora Bellotta Spinola, que ponía condiciones impracticables. En cierto momento escribe a Roma: “Cuanto toca a la señora Bellotta, por ser vieja y medio caduca, no me espanto que no nos crea nada....Ella se pensó que andábamos muy codiciosos, y engañase mucho, porque sin su hacienda puede nuestro Señor darnos de vivir, como ha hecho hasta ahora” (I, 478).

Como otros del grupo de los primeros compañeros, Salmerón es muy activo en fundar colegios, respondiendo a los pedidos de obispos, señores y ciudades que les llovían por todos lados. Pero se ciñe a la directriz de la congregación general que le recuerda Borja: “Por el momento reforzar y mejorar los colegios captados, más que aceptar nuevos” (II, 75). En esto difiere totalmente de Bobadilla, que ante cualquier ofrecimiento de colegio se ilusiona, y no se preocupa de la base económica: “Es hombre que de una mosca suele hacer un elefante” (II, 76).

En materia económica, pese a que dice no saber mucho de cuentas (II,

11), está informado hasta el detalle. Con su humor irónico escribe desde Nápoles al P. Madrid: “En casa no tenemos qué prestar, más que deudas hartas” (I, 494). Es desconfiado de los que prometen mucho apoyo económico para fundar un colegio y después no cumplen. Es el caso de la duquesa de Nocera, de cuyo ofrecimiento Salmerón comenta a Borja: “aclarando lo que se nos da, es una gran miseria; porque ella promete cien ducados cada año y que la ciudad dará otros sesenta, y cien fanegas de trigo, y un terreno que era de santa Clara, y no sé qué otras cosillas, que todo no sé si llega a 250 ducados, y cosas muy inciertas de exigir; porque tenemos por experiencia que esto que se promete de la ciudad, el primer año se paga, el segundo se litiga y el tercero no hay más, como nos ha acontecido en Nápoles” (II, 41). En otra carta crítica a Bobadilla por querer fundar un colegio con una incierta renta de sólo 300 ducados (II, 76).

Al igual que Fabro y los otros primeros compañeros, Salmerón se ocupa de cerca de la formación de los novicios y estudiantes de la Compañía. Busca vocaciones y se desvive por tener en la provincia un buen noviciado. Sigue hasta el detalle los estudios clásicos, filosóficos y teológicos de los escolares. Así mismo, se preocupa de su estilo de vida y del nivel de la pobreza, por ejemplo, cuando previene a Mercuriano que no dé permiso a dos escolares para ir a Roma a ganar la indulgencia del Año Santo (II, 546, 551). Se interesa por la selección de los candidatos, como se ve en el caso de un joven del Brasil que quiere entrar a la Compañía y lo han enderezado a la provincia de Nápoles. Salmerón, temiendo que la cosa sea oscura y que resulte ser un cacho para la provincia, remite el asunto al P. Mercuriano, diciéndole: “Padre mío, esta es una materia muy fastidiosa, porque algunos son muy anchos en recibir y otros muy estrechos, y desearía que otro tomase esta decisión. Me parece más justo que este joven, que ha hecho viajes tan largos, emprenda también el corto viaje a Roma, donde usted lo conozca y decida” (II, 534s).

Polanco trasmite a Salmerón el criterio de Ignacio para admitir a la orden. O sea, que sean personas “más que mediocres”, pero deja al provincial la decisión final, vistas todas las circunstancias (II, 2). Puede ser tajante en su juicio acerca de algunos candidatos. Sobre Domenico Bonito dirá que es “inepto a todo ejercicio de la Compañía...tan macilento de cara que parece estar a punto de morir...sería recibir un sujeto para gobernarlo en el lecho” (II, 592). Le añade: “esta provincia está cargada de enfermos e inútiles” (II, 557).

Llama la atención que Bernardino Realino – actual santo de la Compañía – hubiera hecho pocos meses de noviciado y poco después fuese ordenado sacerdote (II, 19). Salmerón se opuso a que fuese maestro de novicios por no tener experiencia práctica. Ruega a Borja: “torno a suplicar a V.P., cuanto puedo, que nos haga gracia de uno práctico y ejercitado de allá, como por sus cartas tantas veces me lo ha prometido, para que a lo menos por un par de años ejercitando este oficio, pueda algún otro de los de acá deprenderlo y ejercitarlo”. Refuerza su pedido diciendo que “instituirlos de una manera o de otra es cosa importantísima, y comenzar cojeando es cosa medio perdida” (II, 175s). Este ruego logró conmovier al general Borja, que les envió el mejor maestro de novicios que había, el de noviciado de San Andrés del Quirinal (II, 179).

Salmerón se interesa por el estudio de la Sagrada Escritura de los escolares jesuitas. En su programa éstos se concentraban en dos bloques diarios de escolástica. La propuesta suya es que haya un bloque bíblico y uno de escolástica. Poner dos bloques de escolástica y un tercero de Escritura sería demasiado pesado (II, 565s).

Una parte importante de su tiempo lo emplea en gestiones con el Virrey y personajes importantes en favor de personas necesitadas. Hoy diríamos haciendo *advocacy*. Tiene buena entrada en la corte napolitana, tanto en tiempo del Virrey Afán de Ribera como con Iñigo Hurtado de Mendoza, que lo tomó por confesor para él y su familia. Pero esto mismo le impuso límites a sus pedidos a la corte y lo movió a rehusar el encargo del general Mercuriano de pedir dinero al Virrey. Como suele, abunda en razones para no hacerlo: “Padre mío, esto no cae bien en esta ciudad. ... Siendo el confesor de S.E. esto le quitaría el crédito a la confesión y la autoridad al confesor, y a mí me desagradaría muchísimo hacer algo que dé la sospecha de estar buscando bienes temporales... Para decir la verdad, yo no puedo hacer ese oficio, que me da muy grande molestia y fastidio, ya que no querría dar sombra alguna o apariencia de codicia y avaricia” (II, 532s). Pero las visitas de Salmerón a la corte muchas veces eran por asuntos mucho más graves, tales como la armada contra los turcos, la lucha contra la herejía, aplicaciones del Exequatur real y la limpieza moral del reino (II, 95ss). Ciertamente, no era ambicioso de poder ni un aprovechador.

En su trabajo como visitador de Roma el P. Madrid había pedido que en adelante la casa de Nápoles no se prestase a un grupo de personas, se llamaban una “compañía”, que los domingos tenía la devoción de

juntarse para orar y formarse más entre ellos y realizar algunas obras buenas en la ciudad y atraer fieles a comulgar. En su carta a Laínez Salmerón discrepa del visitador: “Yo no hallo inconveniente, que estos, que no tratan de otra cosa y hacen este bien, que se quedasen en una clase, y continuasen su compañía...Yo tengo por cierto, que, quitado, dará mucho descontentamiento y murmuración, y que realmente la devoción del comunicar y confesar se enfriará” (I, 414).

Comunica igualmente al general Laínez que “hay otra compañía de caballeros muy principales y amigos y benefactores, entre los cuales uno es el duque de Monteleón, los cuales una vez en la semana se juntan en una cámara nuestra para hablar de cosas pías, y de remediar en lo que puedan a los pecados e inconvenientes de la ciudad; y esto lo hacen sin ceremonias ni oficios...”. Añade la explicación de que ningún jesuita es miembro de esas dos compañías y que “se congregan a tiempos, que no impiden en nada” (I, 415).

Italia al tiempo de Ignacio estaba llena de estas compañías o congregaciones o confraternidades de laicos, que buscaban el bien personal y hacer el bien a su alrededor. Los primeros compañeros en sus misiones en Italia las habían apoyado y fomentado. Como se ve, estas de Nápoles son gente amiga y benefactores que han formado un grupo estable, con estatutos reconocidos. La orden del P. Madrid de sacarlas de la casa obedecía a un escrúpulo sin base en las Constituciones de la Compañía². Salmerón, que conocía la mente y la praxis de Ignacio y sus compañeros por más de 20 años, representa el asunto al superior para que “mire en ello y ordene lo que le parecerá” (I, 414).

Algo de su personalidad

Alfonso es de Toledo. Sus rasgos físicos nos muestran una figura alta, de nariz alargada, a los cuarenta años usaba anteojos, fuerte y resistente, capaz de acarrear carretillas de tierra para los cimientos de la iglesia de Nápoles y de resistir largos viajes a caballo, empapado hasta los tuétanos. Práctico y realista para las cosas concretas. En cuanto a su salud, era propenso a las bronquitis.

Respecto a sus cualidades personales, es un trabajador incansable,

² Const VII, 650-651.

derecho y franco en el hablar, austero consigo mismo, de autoestima más bien baja, facilidad y afición al estudio, memoria prodigiosa, muy bueno para las lenguas bíblicas, inteligencia super analítica, generoso, socarrón y algo irónico. Le importa mucho la belleza y es sensible a recibir críticas.

De fe sencilla y sólida, busca hacer cosas grandes por el reino de Dios. Es hombre de oración y de piedad manifiesta. Ama a Ignacio y a sus compañeros con un cariño transparente, que tiene algo de niño. Es afectivo y sensible con los demás. Es un enamorado de la Biblia, su historia y su cultura. Otro tanto, de los clásicos greco latinos y, en general, de la antigüedad. Fue uno de los grandes predicadores de su tiempo, destacándose por la solidez, coraje y proyecciones pastorales de sus prédicas. Es el prototipo del humanista y del erudito polivalente del tiempo del renacimiento. Veamos a continuación estos rasgos en algunos ejemplos concretos.

En carta a Ignacio desde Varsovia, del 10 de octubre 1555, acerca de la dureza del viaje en Polonia, muestra la confianza que ambos se tenían:

“...el hombre que ha pasado una vez (por este reino) parece que ha purgado y que ha hecho penitencia y satisfacción de todos sus pecados, y aún ganado indulgencia plenaria: tanta es la incomodidad. (...)
rarísima vez se halla vino para beber, y con dificultad cerveza. Agua no falta; pero si fuese buena como la del Tíber, nos contentaríamos más que con la cerveza. De lecho para dormir no digo otro sino que con grandísima dificultad se allegaba un poco de paja para echar sobre la tierra, sin haber que hablar de colchones, ni sábanas ni cubiertas. Muchos días ha que yo no me he desnudado...” (I, 130s).

La siguiente carta al general Everardo Mercuriano, desde Nápoles, 11 de agosto 1555, muestra su modo franco y descomplicado de hablar las cosas que él tenía. Traduzco del italiano:

“El P. Paregia es menos que mediocre para predicar en español en el palacio (del Virrey de Nápoles). Por mi parte ya son más de seis años que no predico porque perdí todos mis dientes, y por esto no tengo instrumentos con que dar forma a la voz, necesaria para tal oficio. Hay veces que ni siquiera me entienden los que están oyéndome hablar cerca de mí, porque, al faltarme los dientes, la voz se va de acá para allá, sin poder controlarla por la falta de dientes....En cuanto al P.

Soriano, entienda su Paternidad, ...que no ha podido durar más de un mes en todos las misiones que se le han dado. Así sucedió en Roma dando clases de filosofía, y acá en las de teología. Lo mismo en los demás ministerios en que le han puesto, que inmediatamente los deja. Este verano se ha ido a la costa de Amalfi, que es el aire más puro y delicado del reino de Nápoles, pero tampoco se mejoró. Porque si un día está bien, dos o tres está mal”.

Por conclusión propone al General mandarlo de vuelta a España, como lo aconsejan los médicos. Y le dice en tono de reproche, que si el “pobre padre enfermo, afligido y desconsolado hubiese estado en Roma, no dudo que desde hace muchos años ya estaría en España. Pero como vino a Nápoles, que en el pasado era como la enfermería de Roma, a donde mandan a toda clase de enfermos e insanos, no es permitido darle el remedio que él desea y que los médicos recomiendan” (II, 556).

Peligros de viajes

Los viajes no sólo eran duros sino que también peligrosos. Cuando acompañó al Nuncio Cardenal Antonio Caraffa a los Países Bajos, le dieron un mal caballo, de pocas fuerzas, que apenas llegó a Florencia. Tanto fue así que tuvo que cambiarlo por otro más recio, lo que le costó ocho escudos de oro, más otros dos por la montura y aperos. El clima lo trató mal, porque llegó empapado y tuvo que comprar “botas grandes de vaca, que pudieran mejor resistir el agua” (I, 210).

Las Congregaciones Generales no tenían fecha fija de comienzo, sino sólo aproximada, cuando podían llegar los delegados. Si venían por mar caían en manos de los turcos (I, 169); si por tierra, necesitaban salvoconductos de Francia, que no eran siempre respetados, como le sucedió al propio Salmerón que fue apresado en Lyon en su viaje de regreso de Irlanda.

Peor la pasó Anselmo, un jesuita de Sicilia, que en viaje por barco a Roma, la flota fue atacada por piratas y a él lo hicieron prisionero. Primero fue llevado a Trípoli y más tarde a Constantinopla. De Roma le piden a Salmerón que trate de informarse acerca del paradero del cautivo y que busque limosnas para el rescate (I, 471). La respuesta del provincial es que es más fácil averiguar la cosa desde Sicilia, que tiene contactos con Trípoli, y que las limosnas de Nápoles son escasas. Pero

que en todo caso se compromete a hacer lo que pueda, conforme al refrán latino: “se hará esto, pero que no se deje de hacer lo otro” (hoc fiet et illud non omittatur) (I, 475).

No fue el único jesuita cautivado por los turcos. El 17 de enero de 1566 Francisco de Borja escribe a Salmerón que el hermano Bartolomé, siciliano, capturado por los turcos, está en Constantinopla y ha sido vendido por 100 escudos a un capitán de galera, llamado Carabina. Borja encarga a Salmerón llevar adelante este negocio del rescate, y ojalá antes de marzo, fecha en que parten a guerrear las escuadras turcas. Y añade: “nos esforzaremos de pagar nosotros el dinero, de la manera que ellos quieran” (II, 62).

Otro caso pintoresco es el del P. Cristóbal Mendoza y Maestro Julio, que en viaje de Nápoles a Roma fueron desvalijados por ladrones, que les robaron todo. El padre les rogó encarecidamente que, el dinero no le importaba, pero que le dejaran la capa. Los ladrones fueron tan correctos (furono tanto da bene), que se la devolvieron (II, 39).

Nápoles y su gente

Salmerón fue el primer provincial de Nápoles, cuando se creó la provincia de Italia del sur, y duró 18 años en el cargo (1558 a 1576). El reino de Nápoles era parte del imperio español, y era regido por un Virrey nombrado por España. En una Italia compuesta de estados pontificios, repúblicas, principados y ducados, Nápoles era la parte más grande e importante.

Salmerón tiene una relación de amor y odio hacia los napolitanos. Por un lado los ama intensamente. Trabaja con denuedo por establecer colegios de calidad para subir el nivel cultural e intelectual de su gente. Se saca las pestañas preparando las prédicas y sermones de cuaresma y otras fiestas del año. Como provincial ruega e insiste que le manden de Roma jesuitas bien formados para enseñar matemáticas y elevar así el nivel del colegio. Parece increíble, pero consigue nada menos que le manden a Clavius. A imitación del colegio trilingüe de Alcalá, en que él se formó de adolescente, abre en Nápoles un colegio para la enseñanza gratuita del hebreo, griego y latín. Se defiende con sus uñas para que de Roma Polanco no le lleve la gente buena que tiene (I, 488s). Hace uso de todo el prestigio del que goza ante la corte para favorecer a los necesitados. Y está feliz de dejar sus huesos en Nápoles. Esto por un

lado.

Pero Salmerón es un hombre que no calla sus sentimientos. El P. Mercuriano con cariño le critica su “simplicidad” para no medir sus palabras y ser pensamiento hablado. Veamos algunos ejemplos.

Sobre un caballero que se presentó en Roma al P. general Laínez, como recomendado por Salmerón, para solicitar un favor, lo precave: “Sepa que yo no le conozco, y advierta que a semejantes hombres napolitanos, largos de boca y estrechos de mano, se les crea nada, porque no es oro todo lo que reluce” (I, 470).

En el caso de una herencia a un jesuita, que los parientes la querían para sí, dice: “sepa que acá, por lo que tenemos de experiencia conocido de este reino, no hay esperanza de sacar nada sin litigarlo muy bien en vicaría con harta murmuración y trabajo. Y que por vía de paz y quietud no se ha podido sacar nada, por ser la gente tan interesada y tan amiga de lo suyo y de lo ajeno; y por pensarse los parientes de los que están dentro de la Compañía que cuanto entra en ella es cosa perdida” (I, 474). Y en el caso de una señora que quería donar una casa a la Compañía, escribe: “ella no sabe cuán tramposa es esta tierra, y que mantiene más de quinientos abogados, que no viven de otra cosa que de sacar debajo de tierra las haciendas, y dar molestias” (I, 485).

De la gente de Nola, que había ofrecido financiar el colegio y construir una iglesia, advierte a Roma que no hay que fiarse, porque “son gente que no se saben nada ayudar, y estánse esperando que el bocado les entre en la boca”. Su recomendación es que “no gastemos tiempo y dinero de balde” (I, 499).

Sin tener muchas expectativas Salmerón introduce la enseñanza de la teología en el colegio de Nápoles. Informa al general Francisco de Borja su sorpresa porque “no pensaba que en Nápoles hubiese gente que desease oír esta profesión, los estudios van bien, especialmente los de teología” (II, 49).

Su obediencia para la misión

En cada congregación religiosa los votos de sus miembros se tiñen del color y finalidad particular de su instituto. En la Compañía, la obediencia

se colorea de su finalidad apostólica, que es querer discurrir por todas partes donde el Papa juzgare que lo requiere el mayor servicio de los prójimos. La vida de Salmerón, y el modo de prepararse y asumir sus envíos en misión, son un retrato concreto y nítido de en qué consiste la obediencia de la orden.

Terminados los estudios en Paris, Salmerón empezó a ser enviado. Primero en Italia, a pedido de cardenales que le pedían en nombre del papa, obispos y señores. Predicó en Bolonia, Palma, Módena, Padua, Verona, Venecia, Siena, Roma y Nápoles. En 1541, junto con su compañero Pascasio Broet, fue enviado por el Papa como nuncio a Irlanda a consolar a los católicos de ese país sometido a las ambiciones del rey Enrique VIII. Personalmente no estaba nada convencido del provecho de esta misión, pero la acometió igual, hasta llegar el momento en que la hubo de dar por terminada, interpretando lo que mandaría el papa si estuviese bien informado. De regreso en el continente vivió a su paso por Francia muchas peripecias, incluso cárceles.

A partir de 1546, con Laínez, tomó parte en el Concilio de Trento en calidad de teólogo del papa. Ambos se distinguieron por su bondad y conocimientos (“...sono la bontá del mondo et letteratissimi...” II 774). Aportaron mucho en los temas de la justificación, episcopado y papado, matrimonio, eucaristía, indulgencias. Salmerón asistió a las tres reuniones del Concilio, pese a que estaba cansado de tantas reuniones y no quería asistir: “Estoy harto hasta la nuca del Concilio”. Pero finalmente asistió ante la respuesta un poco amenazante del general Laínez: “No es bueno decir de esta agua no beberé” (I 376 y 378).

Entre las dos sesiones de Trento se doctoró en teología en Bolonia junto con Laínez y Fabro (octubre 1549). A pedido del duque Enrique IV de Baviera, dio un curso sobre la Carta a los Romanos en la universidad de Ingolstadt, tocando los temas debatidos por Lutero. En 1550 lo llaman a Verona a predicar sobre el evangelio de Mateo. En seguida va a Roma a ayudar a Ignacio en la redacción de las constituciones. En 1551 asiste con Laínez de nuevo a Trento, toma parte en la Dieta de Augsburgo y trabaja en la fundación del colegio de Nápoles.

En 1555 acompaña al nuncio Lippomani a Polonia y a Vilna, Lituania, donde escribe a Ignacio que lo pasa muy mal por “la crudeza e intemperie del aire y mutación de los alimentos”. Por los malos resultados de esta misión, el nuncio envió a Salmerón de vuelta a

Roma, pasando por Viena. Narra él: “Hemos padecido tanto por el camino, y especialmente yo del frío en los pies, que tengo los dedos del pie derecho medio muertos y estúpidos, y otros dolores y trabajos, que me pareció de estar todo el cuerpo como un libro desencuadrado” (I 134-135).

Un obediente quejoso

Para completar lo anterior, ofrezco varios textos que dan cuenta del modo como Salmerón vive en concreto la obediencia. Su carácter franco y directo, y su celo del mayor servicio de Dios en la ayuda de las almas, le facilitan ser un obediente activo y valiente. Y además, quejoso. Él se siente en conciencia llamado a proponer al superior cambios en la misión dada por la obediencia, si con esto contribuye al mayor servicio divino. No teme decir las cosas como él las ve, sin pelos en la lengua. Uno de sus blancos favoritos es el P. Polanco, fiel Secretario de la Compañía, hombre extraordinariamente capaz para mantener vivos los lazos entre los jesuitas dispersos por el mundo en sus misiones.

Escribe al general Laínez: “V.R. muchas veces ha dicho y prometido de querer tener cuenta especial con favorecer este colegio (de Nápoles), y hasta ahora poca ayuda se le ha dado. Estos días pasados el P. Polanco ha escrito, como que quisiese deshacer cuanto hay aquí, y llevárselo todo. Si estos son los favores que a este colegio se hacen, pocos de estos desearíamos aquí; y ya que a esta casa no se ha dado otro favor, al menos V. R. provea en que no se le quite lo que tiene (I, 295).

En la misma carta prosigue quejándose de la mala calidad de los estudiantes jesuitas que de Roma le envían a trabajar en el colegio: “...enviaron cuatro personas aquí...y por lo que hasta ahora se ve, ninguno de ellos es para letras ni para estudiar. ...El mayor de ellos nunca hasta ahora ha podido aprender cómo se concuerda el adjetivo y su sustantivo. Y esto pasa en realidad de verdad. Lo digo para suplicar a V.R. que quiera mirar la mucha necesidad que este colegio tiene de sacerdotes que sepan confesar....Así mismo parecería bien que los lectores (profesores) de esta casa supiesen algo. Y ya que no ha habido quien lea griego, nos hemos pasado sin él, ni se lee tampoco. Ahora, si quitan lo poco que hay de latín, quedará fresco el estudio. Y no es menester decir que yo estoy aquí, como suele decir el P. Polanco, porque yo no tengo de andar a leer latín ni gramática por las clases” (I,

296).

Termina la carta pidiendo perdón por lo dicho, pero añadiendo una oración muy linda que toca tanto al que manda como al mandado: “Nuestro Señor a todos nos de gracia de saber obedecer, y a V.R. de saber mandar y ordenar, para que así todos mejor le sirvamos” (I, 297).

Salmerón no tiene una muy buena opinión de los que vienen de Roma a Nápoles. Siente que vienen a alborotar, “que les parece que están fuera de toda obediencia, y que vienen aquí a mandar, y gobernar, y reprender, y ser censores, porque vienen de allá” (I, 399). Como ejemplo, el 7 de septiembre de 1560 escribe a Laínez defendiéndose de que no le vuelvan a mandar de Roma al P. Lorenzo, como Polanco querría, y le da cinco poderosas razones: 1ª. Tiene mala salud. 2ª. Es conocido como hombre muy melancólico, con intervalos lúcidos. 3ª. Anda siempre litigando con los superiores. 4ª. Será del todo inútil, aún para decir misa en la iglesia. 5ª. Su conversación no ayuda a los que están con problemas.

El P. Cristóbal Madrid era asistente del P. General para Italia y Sicilia y quería visitar también el colegio de Nápoles. Salmerón le escribe al P. Laínez que “no ve necesidad ninguna de su venida”, pero que en esto “haga cuanto juzgare ser mayor servicio de Dios nuestro Señor, porque de ello holgaremos acá, y será él bien venido” (I, 400). Teme que el visitador le desarme el colegio, que es tan frágil en cuanto a alumnos y profesores. Ve detrás de esto la mano del P. Polanco que cada año le saca sujetos que no están todavía bien preparados y los destina a ser profesores de humanidades o a estudiar filosofía en Roma. Asesta enseguida otro golpe a Roma: “En este colegio y el de Nola hay algunos venidos de Roma, de tan bajo metal de ingenio, que no son para en pocos años salir con esta facultad. Antonio León ni es para leer (=enseñar), aun la última clase, ni para oír, porque es hombre muy simple y para poco, que parece que le falta el juicio. Así me ha parecido de dar parte de todo esto a V.R., para que sepa que es gran trabajo mantener escuelas y maestros; y que si se quitan sin poner otros, se pierden”. Habiendo representado todo esto, le dice que haga como le parezca, y que él queda en paz haciendo lo que el Señor quiere. Que puede cambiarlo también a él, que “se partiría contento a cualquier otro mínimo colegio o casa de la Compañía” (I, 401).

La respuesta de Laínez es de mucha delicadeza y le da confianza a su amigo de juventud. Le dice que el P. Madrid ha visitado otros colegios y

que ha sido de gran alivio y ayuda. Que él lo ofrece como regalo, confiando que lo tome por tal. Y que no lo enviará “hasta que sepa que así lo toma” (I, 403).

De hecho el P. Madrid hizo su visita, pero no fue muy afortunada. Esto entristeció sobre manera a Salmerón, que después de dos meses, “aunque tenía propósito de callar y no escribir más en esta materia”, se resolvió a hacerlo, pensando que el superior general, como su padre que es, “tomará a mejor mi responder que el callar”. Ve a Laínez como responsable de su salud espiritual, y si él está equivocado, es bueno que como médico su superior conozca la enfermedad y le aplique los remedios necesarios.

Con esto dicho, Salmerón le abre su corazón. Le pesa que el general haya enviado un visitador, cosa que nunca se hizo en tiempos del P. Maestro Ignacio ni tampoco después³. Le duele que no haya sido el mismo general quien le advirtiese de sus defectos para corregirlos porque “es de mayor suavidad que el que es superior lo haga, y Dios nuestro Señor concurre más para recibirla del superior, que no de otro que no lo es; y que para este efecto tan delicado envíe V.R. uno que hace pocos días vive en obediencia, y que no ha dado hasta ahora tantas pruebas y muestras de ella, cuantas otros han dado; y que venga a corregir a otros, que han vivido en la Compañía desde que ella comenzó; y que esta corrección la haga según su sentido y parecer...Confieso, Padre, mi ignorancia, que esto me ha parecido duro, y he dudado que, si el P. Ignacio viviera, hiciera tal cosa. Porque según regla de caridad y suavidad, me parece a mí que V.R. habría de desear que otra persona no supiese las faltas de sus súbditos, sino solamente V.R. Cuánto más de los primeros y antiguos, y a quienes de razón en semejante caso se había de tener algún respeto” (I, 422s).

La carta es larga y siguen los reclamos. Se queja que el visitador haya traído un interrogatorio de treinta o cuarenta artículos, obligando en virtud de santa obediencia para que digan y confiesen lo que saben. Exclama: “Dudo yo mucho que en un criminal se hubiese procedido con tanto rigor. ¡Oh Padre! ¿es esta la simplicidad con que hasta ahora ha caminado la Compañía? ¿No quiere que me resienta algo, pues al cabo de mi vejez se procede así conmigo? Gracias sean a nuestro Señor, que los pecados que ha hallado no sean tan gordos ni tan

³ El P. Nadal había sido enviado por Ignacio a recorrer como visitador casi toda Europa, pero más como comentador de las Constituciones y del espíritu de la Compañía que para enderezar cosas torcidas.

escandalosos, que mereciesen venir a tales términos. Huélgome en realidad que el P. Madrid...haya llevado allá todo el proceso de mis faltas...y yo puedo decir con verdad, que algunas de ellas son falsas, y al revés de lo que dice, como hombre que notó lo que alguno le dijo sin mucho verlo (I, 424).

Encuentra poco decoroso que el visitador Madrid lo haya acusado de “vestirse precioso y mejor que los otros, viniendo él, como vino, mejor vestido que yo no estaba”, cuando en realidad llevaba la misma ropa vieja y raída que la hizo en su viaje a Polonia (I, 424). Reconoce la verdad de algunas acusaciones de cosas muy menores, “pero hacer de un singular un universal, y dejar por escrito, y llevar a Roma, parece demasiado...Créame V.R. que sería fácil cosa hacer un semejante proceso de correcciones a esos Padres asistentes, que a par de sí tiene, si de descuidillos particulares se han de hacer leyes generales” (I, 424). Le dolió que el visitador durante su visita hablara con los otros y lo rehuyera a él, cosa que se lo dijo. Y exclama: “¡Oh Padre! ¿quién quiere que sea tan perfecto, que no sienta algo de esto como hombre? ¿A tan chico ladrón tan grande horca?”. Más que regalo, la visita le pareció ser arsénico (I, 424). Salmerón dice a Laínez que todo esto lo escribe sin cólera, “escribí como inferior a su superior, y remitiéndome todo a V.R., y esperando que Dios me haría hacer provecho con ella” (I, 425).

En carta a Borja, a raíz de que el P. Ludovico pedía traslado invocando su estado de melancolía, le escribe: “Padre mío, no es justo que cada uno se salga de la provincia con decir: soy melancólico, o no me contenta este ejercicio; si no quiere este, haga otro, y ayude como pudiere” (II, 176). En otra carta vuelve al ataque: “En cuanto al P. Ludovico, me ha parecido en conciencia replicar y decir, que parece cosa muy dura deshacer esta provincia de sacerdotes...Justo es que se nos de alguna recompensa, porque de otra manera ¿cómo se han de sustentar las provincias, quitándoles cada día sus sacerdotes... Maravíllome que por amor de su melancolía se saque de aquí, Padre mío. Si por aquí va (la cosa), a mí me podrían con justicia sacar el primero, porque tengo y tomo tanta melancolía de cosas semejantes, que podría emprestar al P. Ludovico. V.P. por amor de Dios, vista nuestra justa demanda, sea servida de hacernos dar la recompensa equivalente, que con razón se pide” (II, 181).

En junio de 1575 un Salmerón de sesenta años clama al P. general que lo saque de provincial y rector del colegio: “Realmente, Padre, estoy demasiado cansado, y no puedo más. Debiera tenerme compasión.

Estoy seguro que habrá otro que pueda servirlo mejor y más a su gusto” (II, 518). Son reclamos con fuerza y pasión. Tenía un poco de “enfant terrible”. Pero lo hacía con amor a la orden, para conservarla tal cual la quiso Ignacio, y siempre con plena voluntad de obedecer.

Lenguaje de amor entre los jesuitas

El sistema ignaciano de la obediencia apunta todo al bien de la misión. Por esto exige a los compañeros total transparencia y veracidad para decirse las cosas tal cual son. La representación por parte del súbdito es indispensable para lograrlo. No hay excusa para no representar al superior los bienes y los males que puede acarrear su mandato. En la Compañía no se obedece ni por servilismo ni por granjearse el respeto del superior. La obediencia es una búsqueda entre personas maduras, cuyo solo interés es encontrar el modo de ayudar más a los prójimos, la mayor gloria de Dios. Esto explica las tensiones entre los primeros jesuitas y las quejas de Salmerón.

Pero hay otro factor esencial, que complementa el cuadro. Porque si hay algo que impresiona al leer las cartas de los primeros jesuitas es el amor que se tienen. De Ignacio decían sus compañeros que “era todo amor”. Revisemos algunos textos del epistolario de y a Salmerón, comenzando por Francisco de Borja, de quien hasta hace algún tiempo se decía que había sido poco amable, muy austero y rígido.

Cuando el P. Araoz, que estaba en España y muy solicitado por la corte del rey, le tocó a Salmerón comunicarle que había sido elegido como uno de los cuatro asistentes generales, y que debía venirse a Roma, cosa que él no quería. En su carta, para persuadirlo, apela a la obediencia a la congregación general, que está por sobre el propio prepósito general, pero el principal argumento es el amor que Borja le tiene: “el cual le ama y desea entrañablemente” (II, 25). Refuerza su pedido hablándole de la mutua amistad: “Bien creo que está persuadido cuánto siempre yo le he amado y reverenciado, y deseado gozar en el Señor nuestro. Y creo que la amistad y la benevolencia antigua no la ha enfriado en su corazón ni la distancia de los lugares, ni los años que han pasado por medio después que no nos hemos visto; y yo, estando en Nápoles, me vendría muchas veces a gozar de mi P. Araoz con los otros a Roma. Yo estoy persuadido por otra parte, que siempre me ha amado y deseado hacer placer y consolación; y pues así es, que yo le amo a V.R. tanto, y V.R. a mí, le digo, como quien desea todo su bien, y

descanso, y consolación....que a V. R. le cumple abrazar con alegría esta santa obediencia, y acá le esperamos todos con el corazón y los brazos abiertos para recibirle...” (II, 26). La carta triunfó porque Araoz fue a Roma, con “grande contentamiento” de Salmerón (II, 27).

Impresiona el amor y respeto a los primeros compañeros que sentían las generaciones posteriores. Bobadilla fue el último en morir y Salmerón el penúltimo. Ninguno de los dos eran personas fáciles. Bobadilla creó muchas dificultades. Salmerón, como hemos visto, no siempre era fácil. Pero todos los jesuitas los veneraban y trataban con gran cariño.

A un Salmerón que había pedido permiso para no asistir a una congregación general le escribe Borja, negándole el permiso: “Nunca pensé, Padre mío, que se ofreciera cosa que pudiera negar a V.R., porque mi deseo es antes obedecerle y en nada contradecirle...Vea V.R. agora nuestra soledad y apiádese de sus hijos, y especialmente de éste que le ama de veras, como creo se lo dice su mismo corazón, que no suele engañarle” (II, 15s). Borja, al igual que los demás jesuitas, se sentía hijo espiritual del grupo de los primeros compañeros, los co-fundadores de la Compañía. ¡Es difícil pensar en un superior general mayor dulzura! Por supuesto, Salmerón asistió a la congregación.

Lo mismo sentía su sucesor, el P. Mercuriano, que al final de una carta le abre su corazón: “Padre mío, en cuanto al decirme hijo de V.R., le ruego me permita el consuelo de poder expresar de palabra y por cartas lo que mi corazón siente hacia aquellos que son, así lo siento, padres de esta mínima Compañía, y tres y cuatro veces mis Padres” (II, 343). En otra ocasión en que Salmerón estaba desolado por supuestas acusaciones contra él, Mercuriano le reconfirma su confianza, le dice que no hay base alguna, y que “todos se sentían hijos suyos” (II, 512). En otra carta repite lo mismo: “Deseo que se persuada que en mi corazón lo tengo por padre...con el respeto que se debe a su antigüedad, virtud, fatigas por la Compañía y en su oficio de provincial” (II, 519s; ver también II, 562). Al dejar Salmerón el provincialato, le desea “que viva alegremente, y que nos cuente de sus estudios y de las otras obras que emprenda a gloria divina, que esto siempre nos dará contento” (II, 650).

En carta a Borja le cuenta Salmerón que llegó Bobadilla “con su caballo blanco” y que “nos ha alegrado con su presencia y palabras, porque en la mesa siempre nos predica y somos sus auditores”. Añade que les ha

dicho que tiene intención de ir a la Puglia con intención de hacer colegios nuevos. Con suma ironía le comenta al general: “cosa muy a propósito de lo que se determinó en la congregación general”, la que había recomendado precisamente lo contrario (II, 28).

Al saber que Bobadilla está enfermo, el general Mercuriano quiere asegurarse que Salmerón tenga especial cuidado de “un padre tan bueno”, le envía especiales saludos y ofrece por él sus oraciones y las de los jesuitas de Roma (II, 383). En respuesta Salmerón tranquiliza al P. general: “Gracias a Dios el P. Bobadilla se ha mejorado mucho, y se ha recuperado hasta el punto que partirá pronto con las naves que van a Sicilia. Aquí ha estado atendido y servido con mucho cariño, como usted lo ha mandado y como la caridad y la vieja amistad lo pedía” (II, 388).

El secretario Polanco en diversas ocasiones aconseja a Salmerón ser más suave y amable en su trato con los otros (I, 558 nota). Le pide que “acoja amorosamente” al P. Mendoza, de paso para Sicilia, con quien había tenido algunos problemas, y “que no le dé señal alguna de estar resentido por las cosas dichas o hechas por él” (I, 560).

Su aporte a la obediencia apostólica de la Compañía

En otro lugar desarrollé el tema de la obediencia de parte del que manda según San Ignacio⁴. El superior, partiendo por el general, no la tiene fácil para mandar bien. Ha de tener “mucho miramiento”, es decir, conectarse a la mirada de la Trinidad para salvar el mundo, lo que le significa mucha oración y mucho obedecer a las voces de Dios en las voces de los hombres y de los tiempos y lugares⁵. Ha de ser sobre todo amable: amar a los que manda y hacerse a ellos amable. Como se decía de Ignacio, ha de “ser todo amor”.

Salmerón, en su larga vida, dio muestras de estar siempre disponible a obedecer y de hecho era obediente a lo mandado. Esto es indudable y está bien. Pero el aporte más característico suyo en cuanto a la

⁴ GLORIA A DIOS IV, 277-302.

⁵ El verbo “mirar” y el sustantivo “miramiento” son de importancia central en la espiritualidad apostólica ignaciana. Nos conectan con la mirada de la Trinidad para salvar el mundo (EE 101-109). En Salmerón aparece especialmente en relación a la tarea del superior. Si no ha habido ya una tesis doctoral sobre el tema, bien se lo merecería.

obediencia consistió en ayudar al superior general a mandar bien. A esto obedecían sus repetidas representaciones y quejas a los padres generales. Lo que no es poca cosa, ya que toca un nervio tan central en la obediencia apostólica de la Compañía. Veamos algunos casos.

El P. Laínez, general, le escribe que va a sacar al rector del colegio de Nápoles, P. Gaspar Hernández, para enviarlo a otra parte. ¿Qué hace Salmerón? Reúne a la consulta y analizan el tema. Todos están de acuerdo que ese cambio sería de daño para la obra apostólica. Entonces escribe al P. general: “Por ser cosa de mucha importancia el mudarlo de aquí, ha parecido a todos estos padres de la consulta que yo primero diese cuenta de lo que hace y la falta grandísima que haría su persona”. Le añade que se siente obligado a representarlo “por descargo de mi oficio, para que V.P. haga mejor elección”. Le asegura que está dispuesto a “en todo y por todo remitirme a la santa obediencia, porque en tal caso como este, poco importan ocho días más o menos” (I, 506).

Salmerón, que está en Bruselas, escribe a Laínez que le han pedido que asuma asesorar al cardenal en el complicado negocio de dividir en dos partes la diócesis de Cambray. Le dice: “Yo, aunque estoy aparejado para obedecer en todo lo que se me mandare, todavía juzgo que para este efecto tiene otras personas más hábiles y suficientes. Y yo sería más idóneo para otros servicios espirituales y más provechosos. Y si esta cosa se hubiera de hacer en otro tiempo, poco importaba; pero en este principio de cuaresma parece cosa fuera de propósito; pero nuestro Señor es el que más sabe lo que es a propósito” (I, 233). Aquí vemos a un Salmerón forcejeando con el P. General en el intento de ser lo más fiel posible al Instituto de la Compañía, que da prioridad a los ministerios espirituales, en especial el de la predicación, y más durante la cuaresma, para el cual él tenía muchas cualidades. La reflexión final es de una sabiduría conmovedora: “El Señor es el que más sabe lo que es a propósito”.

El papa Paulo IV impuso a la Compañía la recitación del oficio divino, el coro, en comunidad. Polanco cuenta a Salmerón que eso ha comenzado a ponerse en práctica en Roma: “El día de San Miguel en buen hora comenzamos nuestro coro con su misa: no creo, se contenta mucho el pueblo, pero más importa contentar a su santidad” (I, 250). El flamante provincial de Nápoles acató la orden inmediatamente y se empezó a cantar en la iglesia del colegio de los jesuitas, en el tono que usaban los teatinos, pero poco después se pasó al tono gregoriano.

Pero con sabiduría escribe a Borja: “ya vendrá otro papa que lo cambiará” (II, 121). Y así fue, porque otro papa, Pio IV, revocó muy pronto el mandato del anterior.

Salmerón escribe al P. General lamentándose del P. Montoya, rector del colegio de Nola, y quiere cambiarlo. La respuesta del General, por carta de Polanco, habla mucho sobre la dulzura de la obediencia en la Compañía. Le dice que Montoya “no tiene ni ha tenido mal ánimo en lo que hasta aquí ha hecho...creo que es buen hombre y siervo de Dios, y hace lo que sabe y puede”. En una palabra, le dice que no lo cambie y lo anima a “llevar la cruz de su oficio con fortaleza y suavidad, soportando los hermanos como somos soportados por nuestro Señor” (I, 355s).

Las tensiones con Roma movieron a Salmerón a preguntar al general si Polanco trataba con él las directrices dadas a la provincia de Nápoles (I, 360). En su respuesta Polanco se defiende y aclara: “Sepa que yo no envío a ninguno a ninguna parte, porque no tengo cargo de superior fuera de Roma ni dentro de ella...mis cartas son de comisión de N. Padre Prepósito, con el cual se consulta de los que se han de enviar fuera uno a uno,...(el cual) por la gracia divina tiene salud para atender al gobierno que la Compañía le ha dado; y cosas muy más menudas que estas quiere entender y que no se hagan sino por su especial comisión” (I, 361). Salmerón no aprendió la lección de Polanco porque en 1574 preguntaba al general Mercuriano si él había leído una carta firmada por él. La respuesta fue amable pero seca: “puede estar seguro que yo no firmo cosas que no proceden de mi voluntad” (II, 451).

Parece que en Roma tenían la impresión que el provincial de Nápoles era poco amable y autoritario en el mando. De aquí que el general le escriba recordándole que un provincial ejerce su autoridad no en forma individual y despótica sino que consultando a aquellos que la Compañía le ha puesto como consultores. Entre estos se elige uno, el admonitor, que avise al provincial de “alguna cosa digna de enmienda”. Este ha de hacerlo aparte y con humildad, después de haber encomendado la cosa a nuestro Señor. Laínez aclara la función del admonitor: “Y por esto no entiendo que a cada repiquete y sin tiempo ni lugar ni premisa oración ni causa hayan de corregir al inferior, cuánto menos al superior” (I, 385).

En agosto de 1561 - cuando Salmerón estaba próximo a irse a Roma para asumir como Vicario general de la Compañía, por ausencia del P. Laínez, enviado a Francia por el papa - escribe al P. Cristóbal Madrid

quejándose que de Roma le quiten personal. Dice que mientras esté en Nápoles ha de luchar por el colegio de Nápoles y el de Nola. Propone cuatro motivos macizos en favor de su causa. Le preocupa mucho la atención a la iglesia, porque, como buen jesuita, valora prioritariamente el anuncio de la palabra de Dios. Si las prédicas en la iglesia quedaren desatendidas, ¿“qué va a decir esta buena gente?”. Reclama de que en Roma tanto alaben el trabajo en Nápoles, pero que terminan sacándole los sacerdotes que tiene (I, 488s). En un juego retórico escribe: “Diráme V.R.: el Padre general lo ha dejado así ordenado; no se puede hacer otra cosa. Yo respondo que el Padre lo habrá ordenado, mas habrá también ordenado al que quedare en su lugar (o sea él mismo), que mire la edificación mayor, y que supla con otros,...Pienso que esta sería su voluntad, si él estuviese acá” (I, 490).

En enero de 1565 hace una feroz representación al P. General para que deje al P. Hernández de rector del colegio de Nápoles. Lo hace obligado por razón de su oficio de provincial para que el General “haga mejor elección” (I, 566). Entre otras razones, aduce el pesar que esto provocaría a señoras principales y de cualidad, y que alguna de ellas perderían “el seso poco que tienen” (I, 567). Por lo demás, son señoras tan importantes, que, si saliese el Padre, “no darían paz a V.P., sino que vocearían e importunarían hasta que se lo volviese” (I, 568). Termina apelando a su obligación de representar: “Pero porque a mí no toca más que representar a V.P. lo que pasa, y rogar lo quiera bien mirar antes de resolverse, no me alargaré más en ésta, porque espero en nuestro Señor que él inspirará lo que fuere más su servicio y alabanza, y lo que será en mayor ayuda espiritual y beneficio de este colegio” (I, 569).

Como consta de las cartas del secretario Polanco, la representación al superior en vista al mayor servicio de los prójimos es una pieza esencial en la obediencia de la Compañía. Polanco repite como muletilla la frase “Si pareciese a usted otra cosa, podrá representarla” (II, 8). Borja es aun más explícito cuando recomienda algo, pero dejando que Salmerón decida: “Si al parecer de V.R. fuese en esto algún inconveniente, que aquí no se ve, para el servicio divino, no pretendo que mi recomendación lo produzca” (II, 20). O cuando en otra carta concluye así: “He visto lo que usted escribe...Porque el asunto merece más consideración, a fin de que se haga solamente lo que sea mayor gloria de Dios, por el momento no diré más sino que lo pensaré. Después de recomendar la cosa a nuestro Señor para que inspire lo mejor, escribiré a V.R lo que siento en el Señor” (II, 235).

La otra cara de la obediencia ignaciana es pues que el superior deje al criterio del mandado la adaptación del mandato, el cual ha de concretarlo según las necesidades de tiempos, lugares y personas. Así, cuando Polanco trasmite a Salmerón el pedido de un arzobispo, le dice: “Se le responde que, si V.P. se inclinare a ello, juzgando ser sin impedirse mayor servicio divino, que holgaría nuestro Padre que le haga todo servicio, y es así, V.P. mire si lo podrá hacer, que mucho se debe a tan buena voluntad y devoción del arzobispo” (I, 201).

El ministerio de la Palabra.

Salmerón refleja la prioridad que da la Compañía al ministerio de la Palabra. La Fórmula del Instituto aprobada por Julio III en el año 1550 reza así: “...una Compañía fundada ante todo para atender principalmente a la defensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana por medio de predicaciones públicas, lecciones y todo otro ministerio de la palabra de Dios, de ejercicios espirituales y de la educación en el cristianismo de los niños e ignorantes, y de la consolación espiritual de los fieles cristianos oyendo sus confesiones y administrándoles los demás sacramentos”⁶.

Esta enumeración recoge los ministerios de los primeros compañeros – un Javier, un Fabro, un Bobadilla – y corresponde muy bien a los de Salmerón.

El ministerio de la Palabra es el fundamental, entendiendo por ella el sentido profundo que Salmerón le atribuye. La Palabra viva y penetrante, la que trae salvación y nos lleva al Padre, es Jesucristo. No hay otra. La Palabra escrita, la Escritura, es su despliegue, su sacramento. Jesucristo está presente en toda ella, en toda la historia de la salvación. Por mucho que Salmerón haya sabido casi de memoria la Escritura, las lenguas bíblicas y los comentarios de los Padres de la Iglesia, Cristo es la única Palabra proferida del Padre. Por el Verbo todo ha sido creado, es él quien nos trasmite el Espíritu y nos congrega en un Pueblo que peregrina hacia Dios⁷.

El ministerio de la Palabra lo ejerció Salmerón de muchas formas:

⁶ Fórmula del Instituto de Julio III, 1.

⁷ En la centralidad de Cristo, palabra viva, en la escritura, se advierte el influjo de San Ireneo, a quien Salmerón conocía muy bien. El documento conciliar *Dei Verbum* insistió en esto mismo.

predicando, comentando las Escrituras (llamadas “lecciones sacras” o simplemente, “leer”), dando Ejercicios espirituales, participando en Dietas y Concilios, confesando y celebrando la eucaristía, gobernando a sus hermanos jesuitas, escribiendo gruesos volúmenes.

Junto con Laínez y Fabro dio cursos de Biblia en Ingolstadt, donde explicó la carta a los Romanos. En Verona leyó acerca del evangelio de San Mateo. Era riguroso en preparar estos cursos y conservaba cuidadosamente sus apuntes, que los utilizará más tarde en su obra “Comentarios a la historia evangélica y a las epístolas”.

Le daba especial importancia al predicar en el tiempo de la cuaresma, porque esas prédicas alcanzan a muchos, los instruyen en la fe y los mueven a la acción. Fue fuerte en el predicar. Las de cuaresma las preparaba cuidadosamente. En enero de 1561, desde Nápoles escribe al P. Laínez: “...sabrás como he parado en el leer, por dos efectos: el uno, por estudiar y prepararme para la cuaresma, que viene muy presto este año, y es menester tratar nuevo argumento; y así me ha parecido necesario aparejar algunas materias, para no ahogarse el hombre al tiempo del predicar, o no tornar a cantar la misma cantinela, como se dice...” (I, 436). En la iglesia de la casa predica diariamente, porque “quieren al predicador oírle cada día” (Ibid).

Sus sermones están en parte incorporados a sus “Comentarios a los evangelios”. Lamentablemente, muchos otros duermen no publicados en archivos de diferentes bibliotecas. De los que están incorporados a su obra monumental es difícil saber qué y en qué medida responde a lo que él de hecho predicaba o si están “reforzados” por la inmensa erudición del biblista que era él. En todo caso, Salmerón pretende siempre juntar la erudición con saber entretener, exhortar y mover a la acción.

Salmerón tiene conciencia de que es Dios quien obra el fruto de sus prédicas, pero se goza en ser su instrumento. Los historiadores reconocen que se debe en buena parte a él haber extirpado la herejía en Nápoles.

Dar Ejercicios y el acompañamiento espiritual pertenecen al ministerio de la Palabra (Const. 648). Según relata el Memorial del P. Camara, Ignacio decía que, después de Fabro, Salmerón era el que mejor los daba⁸. Los proponía con frecuencia, especialmente en los ministerios de

⁸ Memorial, <<

los primeros años en el norte de Italia. Desde Trento Laínez, Salmerón y Jayo escriben a Ignacio cómo ocupan su tiempo. Junto con rezar por el concilio, estudian las materias en discusión, responden las preguntas de los obispos, participan en las congregaciones de teólogos, oyen confesiones, visitan a los pobres y a muchos prelados. Además dan los ejercicios a algunos sacerdotes, que van dejando atrás algunos prevenciones que contra ellos tenían (I, 16, 18). Lo mismo continúan haciendo en Bolonia, cuando el concilio se trasladó a esta ciudad (I, 63).

Los ejercicios son la fuente de las vocaciones para la Compañía. De los dados en 1549 en Venecia, escribe a Ignacio: “Además de esto he conversado y dado ejercicios a algunos mancebos. Y aunque muchos tenían deseos de venir conmigo para la Compañía y que sus padres me los ofrecían, sin embargo no he traído conmigo sino a dos, con los cuales he tenido un poco más de conversación y conocen más en particular nuestro instituto. Los otros he dejado, en parte por no saber qué hacer de tantos mancebos, en parte porque algunos eran pequeños y no pasaban de doce o trece años”. A estos les dice que vuelvan a postular dentro de dos o tres años (I, 75s).

Un círculo humanista de teólogos reformados

Por su extraordinario talento, formación y juventud, Salmerón fue quien más se acercó a la idea del teólogo cristiano expresada, entre otros, por Erasmo. Pero no la vive en solitario sino en vivo contacto con figuras prominentes de hombres de Iglesia del humanismo renacentista. Con ellos se relaciona constituyendo un grupo de amigos muy en la línea del *De amicitia* de Cicerón.

Aquí están el cardenal Hosius, que fuera presidente del Concilio de Trento, el cardenal Antonio Caraffa, gran erudito, hombre de la reforma de la Iglesia y Bibliotecario de la Santa Sede, el cardenal Guillermo Sirletto, amigo de San Carlos Borromeo, el más distinguido lingüista de su tiempo, colaborador en la redacción del Catecismo tridentino, Latino Latini, gran conocedor de los Padres y editor crítico de varias de sus obras, revisor de la edición de la Biblia de los Setenta. Entre ellos se escriben en un latín deliciosamente elegante, se consultan sus dudas, se apoyan en sus investigaciones, intercambian libros y bibliografía y se visitan cuando pueden.

Salmerón es enormemente respetado en este círculo por su saber y

espíritu de reforma de la Iglesia. Más justo sería decir que todos ellos se estimulan unos a otros a crecer siempre más en saber y servir a la Iglesia. El influjo de este círculo marca a Salmerón, que lo traspassa a la Compañía, inspirándole la vocación de servir mediante la seria dedicación a lo intelectual.

En 1570, desde Nápoles, escribe Salmerón a Caraffa compartiendo su exégesis del texto de Pablo a los Romanos, cap. 8, 26-27: “El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios”.

El tema es central en la controversia de su tiempo porque toca la cuestión de la justificación. La interpretación de Salmerón incursiona abundantemente por textos del Antiguo y Nuevo Testamento, Padres como Crisóstomo, Agustín, Jerónimo, Dídimo el Ciego, Ecumenius. Llega a la conclusión que “todo lo bueno que nace de la gracia y la caridad, hemos de afirmar con toda verdad que viene del Espíritu Santo”. Y, como suele, se muestra muy humilde y reconoce los límites de su estudio (II, 220). En otra carta a Caraffa le envía su comentario al evangelio de San Juan para que se lo examine y critique (II, 228ss).

Agradece al cardenal Sirletto el envío del comentario de Cornelio Jansens al libro del Eclesiástico, añadiendo este irónico comentario: “En esta bendita Nápoles no se encuentran otros libros sino los de derecho y de comercio”. Y le pide le recomiende algún buen libro con descripciones de Siria y Palestina porque lo necesita “para un cierto propósito”, que no era otro sino su gran obra “Comentarios a la historia de los evangelios” (II, 242).

Salmerón era un hombre que amaba hablar en proverbios, sobre todo los españoles. Pero también hacía proverbios nuevos, como ser cuando, tratándose de enfermedad, le trasmite a Caraffa, en latín, una joyita de sabiduría espiritual: “Mientras menos nos cuidemos a nosotros mismos, tanto más nos protegerá Dios” (II, 249). O este otro tomado de Virgilio, cuando se siente, flojo y cansado, con poco ánimo de trabajar en sus escritos: “Pero huye entre tanto, huye el tiempo irrecuperable” (II, 256).

En otra carta muestra a Caraffa su interés por la edición de los libros

que estaban en la biblioteca de Focio. Pregunta también si se terminó de imprimir en Milán la obra de Basilio, y qué ha pasado con la edición de la Biblia trilingüe y cómo van los trabajos de Sirletto (II, 269s). Otra vez le pide su parecer acerca de la estadía de san Pedro en Roma. Le dice que el libro que le envió del cardenal Cortese sobre este tema no le ha dado ninguna luz sobre cómo ni cuándo al respecto. El otro que le recomienda, el de Reginone, los libreros de Nápoles no saben de su existencia y le pide que se lo preste y que muy pronto se lo devolverá fielmente. Le dice que este tema es para él muy importante, y también para aclararlo a otros. “En cuanto más me esfuerzo, más oscuro se me hace” (II, 377).

En otra carta pregunta a Caraffa sobre la edición de Orígenes y de Cipriano y acerca de la Biblia de los Setenta (II, 668s). En carta a Sirletto le agradece le haya enviado “su nuevo Ireneo, que me parece bien impreso”. Le añade que está escribiendo un comentario a San Pablo y le pregunta qué nueva bibliografía ha aparecido” (II, 678).

Así trabajaban y se ayudaban mutuamente los amigos de este círculo de teólogos reformados y humanistas.

Acusado

Salmerón no era tímido para decir las cosas; las decía abiertamente. A los superiores de la Compañía, a los prelados de la Iglesia, a los que tenía delante del púlpito. También cuando escribía sobre los errores de los reformadores, en sus “Comentarios a los Evangelios”. Este punto merecería un estudio en profundidad, porque tengo la impresión que, juzgando las cosas por las circunstancias y usos de su tiempo, era bastante moderado en hablar de “los herejes”.

De todo lo que he leído en sus cartas sobre su modo de referirse a los herejes, sólo me queda el recuerdo de haberse referido una vez y en tono de chiste a “un bellaco luterano” que le habría herrado mal su caballo, lo que le alteró su viaje (I, 213). Y otra vez, a la muerte de Calvino, trasmite la noticia, diciendo: “Murió Calvino, consumido de vermes hasta los huesos...y en suma desesperación, según dicen.” (II, 525).

Pero es un hecho que Salmerón producía rechazo, especialmente entre católicos tibios y en los neo-conversos a la Reforma. Veamos algunos

casos.

Estando predicando en Venecia sobre las herejías de aquel tiempo, apareció en la puerta de casa un libro hereje sobre la manera de predicar, con estas palabras: “Al ignorante e hipócrita Salmerón para que aprenda a predicar puramente el evangelio”. Cuando después subió al púlpito contó el asunto a los asistentes. Como resultado, la Señoría de Venecia “mandó hacer un pregón, prometiendo grandes premios al que descubriera el autor de aquel libelo” (II, 790).

Estando Salmerón en Roma como Vicario general, en Nápoles, corrieron la fama que él se había hecho luterano y que se había ido a Ginebra con cinco mil ducados. La cosa cundió por todo el reino de Nápoles. Para establecer la verdad, por orden del duque de Alcalá, que era el virrey, se pidió a los predicadores que, “sin hacer caso de una mentira tan grande y manifiesta”, predicasen desde el púlpito las cosas como eran. Y así triunfó la verdad (II, 791).

También sufrió Salmerón por las críticas recibidas de sus hermanos jesuitas por su modo menos amable de tratar con otros. Pero de esto ya hemos visto bastante. Ante las contrariedades solía hacer esta breve oración: “Bendito sea Dios, que él sabrá sacar fruto de cuanto sucede” (II, 191).

Los Comentarios a los evangelios, los Hechos y las epístolas⁹

Por el solo volumen estamos ante una obra monumental: 16 tomos de unas 500 páginas cada uno, cada página con texto a dos columnas. O sea, unas 16.000 páginas, llenas de citas al margen, de una erudición asombrosa. Todo en latín y con palabras y análisis del hebreo, griego y arameo. ¿Qué movió a Salmerón a emprender tamaña tarea? Nos lo explica él mismo en el “Prefacio al distinguido lector” del primer tomo. Escuchémoslo.

En su segunda carta a Timoteo, capítulo 3, Pablo lo alaba por haber aprendido desde su infancia las Sagradas Escrituras, que sirven para dar mejor fruto en la vida y llevarnos a la vida eterna. Lo mismo le ocurrió a él: “Confieso que desde mi adolescencia me encendí en amor

⁹ Publicados primero en Madrid (1597-1602) y después en Colonia (1602-1604; 1612-1615). En internet encontramos muchas foto-reproducciones de esta obra, algunas mejor logradas que otras. Basta escribir “google books.cl” y, en seguida, “Salmeron Commentarii”, para que aparezca en la pantalla.

por estos estudios divinos y sagrados”. Agradece a Dios haber tenido maestros y guías que se los enseñaron. Así mismo agradece por haber tenido acceso a los Padres y doctores de la Iglesia, sus “maestros mudos” (*muti magistri*). Deja muy en claro que las Escrituras no se aprenden sino por la gracia de Cristo, pero los Padres y doctores hacen parte de esta gracia. Se admira de los que hoy – Lutero, sin nombrarlo – no escuchan a los Padres: “¡No estáis solos, no sois los primeros!”.

Cuenta como más tarde en la Compañía los superiores lo destinaron a predicar la Palabra de Dios. Entonces “me dediqué con mayor empeño a leer las Escrituras, y sus comentarios, tanto de autores antiguos como recientes”. Ha sido su trabajo y misión central: “No puedo negar que a esto...me he dedicado casi por toda mi vida”. Y menciona sus sermones en Italia, las clases para candidatos al sacerdocio, las lecciones (*lectiones*) desde las cátedras universitarias y colegios, el Concilio de Trento en sus tres períodos. Con todo, no siente haber alcanzado grandes conocimientos porque sabe que en estas cosas “cuando uno piensa estar listo, entonces comienza”.

El trabajo de escribir el “Comentario a los evangelios, Hechos y epístolas” lo comenzó en su vejez: “Ya de viejo, por gracia de Dios, cuando ya no podía predicar la Palabra de Dios al público por falta de fuerzas, a algunas personas importantes de la Iglesia Católica les pareció que me dedicase a escribir...para bien común de la Iglesia de Dios”. La falta de fuerzas la concreta en que ya no tenía dientes, lo que le impedía modular bien las palabras y que le entendieran. Las “personas importantes” eran sin duda las del círculo de sus amigos teólogos humanistas.

Vaciló bastante ante lo grande de la tarea. Sentía que no tenía mucho sólido o nuevo que ofrecer. Le faltaba práctica de escribir. Dice: “Fui flojo y remolón para escribir mis pensamientos”. Lo suyo era mucho más la oratoria. Y le viene a la memoria un consejo del poeta Horacio: “Nunca hables por la fuerza”. Y una idea de Cicerón: “Puede suceder que uno tenga buenas ideas, pero que no pueda decirlas con elegancia. Así es mejor que se las guarde para sí”.

Todos estos inconvenientes los venció la obediencia religiosa. El general Borja le mandó no esconder bajo tierra el talento recibido. Escribe, “Soy forzado a ponerme bajo el yugo de la obediencia”. En cuanto a no saberse a la altura, se consuela con el dicho de San Jerónimo: “No es poco saber qué es lo que no sabes”. Y respecto a su

falta de habilidad para escribir elegante, le viene otra frase de Cicerón: “Es pueril hablar de cosas grandes, adornándolas”.

Recordando a Vicente de Lerin, ve que su tarea es custodiar y transmitir el depósito de la fe: “¿Qué es este depósito? Lo que la Iglesia ha creído; no lo que tú has inventado. Habla con novedad, pero no digas cosas nuevas (*cum dicas nove, non dicas nova*). Pide al lector que no se extrañe si cita autores paganos, porque también lo hicieron los antiguos Padres de la Iglesia. Por último, se disculpa de poner en el texto palabras en hebreo y en griego y de entrar en análisis más prolijos. Para él no son cosas pequeñas, aquella sin las cuales las grandes no se sostienen.

Tres de sus características

Estos escritos poseen tres características que es preciso destacar. La primera es que sus comentarios juntan una enorme erudición con mucha piedad y con proyecciones pastorales. Es frecuente que después de muchas páginas comentando un misterio de la vida de Jesús, el autor haga o invite a hacer un coloquio y a sacar provecho para el bien de la Iglesia de lo leído.

La segunda es la centralidad de Cristo. Se esfuerza por vincular todo a él. El pasado, el presente y el futuro; los autores sagrados y los paganos, la historia entera, está en Cristo dinamizada hacia el Padre. En este sentido, sus comentarios son a la vez científicos, pastorales y espirituales. Imita en esto a la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia, que aplica a cada misterio de la vida de Jesús la cuádruple mirada de la exégesis de los Padres: sentido literal, sentido alegórico, sentido moral y anagógico.

La tercera es lo extenso de sus desarrollos. Salmerón se mueve con el supuesto de que “Nada es demasiado largo si no contiene algo que le puedas quitar, especialmente si la prolijidad de los desarrollos va unida con ser útiles y agradables¹⁰. Y es enormemente fiel a este principio, lo que, dada su inmensa erudición, produce en el lector cansancio y hastío.

¹⁰ Ibid, tomo III, Prefacio al lector: “Non sunt longa, quibus nihil est quod demeri possis’ (Ethnicus), maxime si prolixitas cum utilitate ac delectatione esta coniun “teologíacta”.

Las dos primeras características son reflejo de los Ejercicios de Ignacio, que están todos centrados en Cristo, y al cual uno se allega con la pedagogía del “sentir y gustar” (Anotación 2). Salmerón con esto pone las bases a un modo de hacer teología, que responde bien al carisma de la Compañía, porque une la fidelidad a la verdad de la historia (Anotación 2ª. de los EE), con la búsqueda de la intimidad con Dios (anotación 15ª.) y el provecho de las almas (Contemplación del Reino). Esta manera será llamada por Jerónimo Nadal “teología mística”, que es cosa del corazón y no del cerebro: “in corde est mystica theologia”. Hoy día la llamaríamos “teología espiritual pastoral”, indicando así la proyección espiritual y pastoral que ha de tener una buena teología¹¹

Los 16 tomos

Es necesario que por lo menos echemos un vistazo al índice de “Comentarios a los evangelios, los Hechos y epístolas” para captar algo que sea la magnitud de esta empresa a la que Salmerón dedicó los últimos años de su vida.

- Tomo I Prolegómenos a los sagrados Evangelios
- “ II De lo realizado por el Verbo antes de la Encarnación
- “ III Infancia y niñez de nuestro Señor Jesucristo.
- “ IV Historia de nuestro Señor Jesucristo hasta la última cena
- “ V El sermón de Jesús en el monte.
- “ VI Los milagros de nuestro Señor Jesucristo
- “ VII Las parábolas de nuestro Señor Jesucristo.
- “ VIII Las disputas del Señor
- “ IX La conversación con los apóstoles en la cena
- “ X Pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo.
- “ XI La resurrección y ascensión del Señor
- “ XII La Iglesia naciente en los Hechos de los Apóstoles

Escritos de San Pablo

- “ XIII Carta a los Romanos
- “ XIV Las dos cartas a los Corintios
- XV Cartas a los Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos.
- “ XVI Disertaciones sobre las cartas canónicas. Apocalipsis. Cartas a diversos personajes sobre temas exegéticos.

¹¹ Ver O'Malley, libro citado, pg. 308-311.

O'Malley dice de esta obra: "Muestra un dominio excelente de las lenguas bíblicas y de los comentarios antiguos y contemporáneos, incluyendo los de Valla, Erasmo, Cayetano y Lutero. Aunque basándose en presupuestos tradicionales sobre la Iglesia y los sacramentos, su erudición es excepcional, aun para una época tan erudita, y sus juicios equilibrados en medio de tanta disputa"¹².

Leyendo los comentarios uno se encuentra con citas hermosas de los Padres de la Iglesia y del propio autor. El discurso se mueve a un nivel de gran profundidad. Sin embargo, para el lector moderno la lectura resulta pesada porque el autor es demasiado prolijo y analítico en el desarrollo de los temas. Es un teólogo exegeta que no logró desprenderse de las distinciones y subdistinciones de la escolástica. Para él nunca está demás lo que podría aportar alguna luz. De lo que resulta un incendio de luces que cansan y ciegan al lector.

Tal prolijidad era lo usual de aquel tiempo. En 1553, a instancias del rey Fernando y movido por Nadal, Ignacio pidió al P. Diego Laínez que escribiese un breve compendio de teología escolástica que contuviera todas las enseñanzas fundamentales, y que reconciliara sus desacuerdos, para así acabar con las divisiones entre tomistas, escotistas y nominalistas, que se peleaban entre sí. Laínez acometió con empeño la tarea y redactó varias partes, que las envió a Roma para ser revisadas. Pero no les satisfizo a los informantes, que alabaron el trabajo, pero lo rechazaron por ser demasiado prolijo. Ahí quedó el proyecto¹³.

Si lo hubiesen encomendado a Salmerón, el rechazo habría sido mayor. Tenía fama de detallista. Polanco, de paso por Nápoles, escribe al P. Mercuriano que ha visto la obra de Salmerón y la alaba mucho. Pero le pide que "lo inste a seguir con los comentarios a la Carta a los Romanos y no se detenga en detalles minúsculos, como convertir los paréntesis redondos en cuadrados ("*limar rotunda ad quadrata*"). Salmerón era un prodigio de trabajo y erudición, pero a la vez muy perfeccionista. Tal vez

¹² Ibid. 318

¹³ Ibid. 310.

por esto su obra no volvió a ser publicada después de 1617. Pero lo bueno, renace. Hoy la encontramos en internet en numerosas ediciones, fotocopiadas de fondos de biblioteca de universidades famosas, que se disputan entre sí quién hace la mejor fotografía¹⁴.

Recojamos lo que hemos visto

*Pienso que es tiempo de revalorizar a Salmerón, sacándolo del anonimato en que ha estado por siglos. Es uno de nuestros fundadores y ha dejado su marca en la Iglesia y la Compañía. Es comprensible que quedara en segunda fila, en relación a los gigantes Ignacio y Xavier. Hoy día, reconociéndole a Ignacio su paternidad espiritual y su liderazgo en el gobierno, nos abrimos a ver la Compañía como obra del conjunto de los primeros compañeros, cada cual dejando en ella su marca. La marca de Salmerón es actual hoy y muy importante.

*La cultura de occidente siente la necesidad de recuperar el humanismo, abandonado en aras del positivismo científico y de la sociedad del consumo. Un humanismo que, al beber de la fuente perenne de la Palabra de Dios, tenga la luz y la energía para asimilar las culturas, tanto las clásicas del pasado como las nuevas que están surgiendo en nuestro mundo globalizado. Los “Comentarios a la historia de los evangelios, Hecho y epístolas” de Salmerón están escritos en esta perspectiva del Verbo revelador del Padre en todas las etapas de la historia y aportan a sensibilizarnos a un nuevo humanismo.

*Sus logros para inculturarse en el Renacimiento, asimilando mucho de lo bueno de Erasmo, son inspiradores para una Compañía que se esfuerza por el apostolado intelectual y la inculturación de la fe.

*En cuanto a su **opus** “exegético-teológico-espiritual-pastoral” - las cuatro dimensiones heredadas de la exégesis de los Padres y que él quiere mantener unidas -, habría que adentrarse en él y estudiarlo a fondo con esfuerzo y valentía. Admirar la grandeza de la empresa, sin rendirse ante la austera prolijidad de sus análisis. No desistir del

¹⁴ Si alguno desea formarse un juicio personal sobre la prolijidad de Salmerón, vea en internet, traducido al castellano por la Biblioteca Electrónica Cristiana (BEC), los dos capítulos del tomo 11 de los *Commentarii in evangelicam historiam*, que explican en 38 páginas la aparición de Jesús a los discípulos de Emaús.

trabajo, escudándose en el eslogan repetido por varios de sus comentadores del siglo XIX y XX, de que Salmerón no es un hombre de pensamiento original. Llevará tiempo, y el trabajo de varios especialistas - en Biblia, patrística, espiritualidad, literatura clásica, renacimiento y pastoral -, conocer a Salmerón. Será su tarea recoger y rescatar las grandes y profundas intuiciones que contiene, y que son espiritual y pastoralmente nutritivas e inspiradoras.

*Su audaz libertad y modo de practicar la representación en la obediencia nos enseñan algo importante a superiores y súbditos, no sólo de la Compañía, sino de la Iglesia y más allá. Pueden ayudar a los que hoy día protestan contra una obediencia vertical y autoritaria o contra una obediencia infantil y servil. Salmerón podría ser el patrono de superiores y súbditos en el arte de mandar y obedecer, conforme a su bella oración:

“Nuestro Señor a todos nos de gracia de saber obedecer, y a V.R. de saber mandar y ordenar, para que así todos mejor le sirvamos” (I, 297).